

14

PRUEBAS ESPIRITUALES

En este mundo material el tiempo conoce ciclos; los lugares mudan de aspecto con la alternancia de las estaciones; y las almas son capaces de educarse, hacer progresos, y también de retroceder.

Cierto tiempo corresponde a la estación de la primavera; otro al otoño; y nuevamente otro corresponde a la estación del verano, o al invierno.

En la primavera aparecen las nubes, portadoras de la preciada lluvia, en compañía de las brisas perfumadas y los céfiros revivificantes. El aire está perfectamente templado. Cae la lluvia, brilla el sol, el fecundante viento impulsa las nubes, el mundo se renueva, y el hálito de vida se manifiesta en las plantas, en los animales y en los hombres. Los seres terrestres pasan de un estado a otro. Todas las cosas se visten con prendas nuevas y la negra tierra se cubre de hierba; las montañas y las llanuras se adornan de verdor; los árboles se cargan de hojas y capullos; los jardines se llenan de flores y hierbas fragantes. El mundo, transformado en otro mundo, adquiere un espíritu vivificante. La tierra, hasta entonces un cuerpo sin vida, adquiere ahora un espíritu renovado, produce belleza, gracia y frescura sin fin. Así es como la primavera es causa de nueva vida, e infunde un nuevo espíritu.

Después viene el verano, cuando el calor aumenta y el crecimiento y desarrollo adquieren su mayor potencia. En el reino vegetal la energía de vida alcanza su máxima perfección, aparecen los frutos, y se acerca la época de la cosecha. La semilla se ha convertido en manojos, y las provisiones se almacenan para el invierno. A continuación llega el tumultuoso otoño cuando soplan los vientos malsanos y estériles. Es la estación de las enfermedades, cuando todas las cosas se marchitan y el aire fragante se enrarece. Las brisas de primavera dan paso a los vientos otoñales; los árboles fértiles se secan y desnudan. Las flores y las fragantes hierbas se marchitan. La belleza del jardín se trueca en un montón de hojas muertas.

Luego llega la estación del invierno, trayendo a la sazón frío y tempestades. Hay tormentas, heladas y congelación; nieva, llueve, cae granizo, truena y relampaguea. Todas las plantas mueren, los animales languidecen sintiéndose desdichados.

Cuando se llega a esta situación, retorna la vivificante primavera, y el ciclo se renueva. La estación de la primavera, con su abundante frescura y belleza, despliega su tienda sobre las llanuras y montañas con gran pompa y magnificencia. Otra vez la condición de las criaturas se renueva, y la creación de los seres vuelve a comenzar. Los cuerpos crecen y se desarrollan, las llanuras y desiertos se tornan verdes y fértiles, los árboles florecen, y la primavera del año anterior regresa con la mayor plenitud y gloria. Tal es, y tal debe ser, el ciclo y sucesión de la existencia. Tal es el ciclo y revolución del mundo material.

Sucede lo mismo con los ciclos espirituales de los Profetas. Es decir, el día de la aparición de las Santas Manifestaciones es la primavera espiritual, es el esplendor divino, es la munificencia celestial, es la brisa vivificadora,

y es el surgimiento del Sol de la Realidad. Los espíritus se revitalizan, los corazones se renuevan y cobran vigor, las almas se tornan bondadosas; la existencia es puesta en movimiento, las realidades humanas se regocijan, y crecen y desarrollan las buenas cualidades y perfecciones. Se logra entonces un progreso generalizado y tiene lugar un renacimiento, por cuanto es el día de la resurrección, época de emoción y fermento, y estación de bienaventuranza, de felicidad y éxtasis intenso.

La vivificante primavera termina en el fructífero verano. La palabra de Dios es exaltada, la ley de Dios es promulgada; todas las cosas alcanzan la perfección. La mesa celestial es desplegada, las santas brisas perfuman el Oriente y el Occidente, las enseñanzas de Dios conquistan el mundo, los hombres se educan, se logran resultados dignos de elogio, el progreso universal se manifiesta en el mundo de la humanidad, y los favores divinos rodean todas las cosas. El Sol de la Realidad se eleva desde el horizonte del Reino con sumo poder y calor. Cuando llega al meridiano, comenzará a declinar y descender. Al verano espiritual seguirá el otoño, estación en la que el crecimiento se detiene. Las brisas se vuelven vientos cegadores, y la insalubre estación disipa la belleza y frescura de los jardines, praderas y enramadas. Es decir, la atracción y la buena voluntad desaparecen; las cualidades divinas se mudan; el brillo de los corazones se empaña; la espiritualidad de las almas se altera; las virtudes son reemplazadas por los vicios: la santidad y la pureza desaparecen. Sólo el nombre de la Religión de Dios y las formas exteriores de las enseñanzas divinas subsisten. Los fundamentos de la Religión de Dios se destruyen, no quedando en pie más que formas y costumbres. Surgen las divisiones, la firmeza deviene inestabilidad, y los espíritus mueren. Los corazo-

nes languidecen, las almas se vuelven inertes y el invierno aparece, o lo que es lo mismo, la frialdad de la ignorancia envuelve al mundo y la oscuridad del error humano prevalece. Luego de esto vienen la indiferencia, la desobediencia, la desconsideración, la indolencia, la bajeza, los instintos animales y la frialdad e insensibilidad de las piedras. Es como la estación del invierno, cuando el globo terrestre, privado de los efectos del calor del sol, se vuelve un lugar desolado y sombrío. Cuando el mundo de la inteligencia y del pensamiento ha llegado a ese estado, sólo quedan muerte perpetua y una nada interminable.

Cuando la estación del invierno ha producido su efecto, nuevamente retorna la primavera espiritual, y un nuevo ciclo aparece. Las brisas espirituales soplan, la luminosa aurora fulgura, las nubes divinas brindan su lluvia, los rayos del Sol de la Realidad resplandecen, el mundo contingente adquiere una nueva vida y se viste con maravilloso ropaje. Todos los signos y dones de la primavera pasada reaparecen, acaso con mayor esplendor, en esta nueva estación.

Los ciclos espirituales del Sol de la Realidad son como los ciclos del sol físico: se suceden y renuevan constantemente. El Sol de la Realidad, como el sol material, tiene numerosos lugares de amanecer; un día surge en el signo zodiacal de Cáncer, otro día en el signo de Libra o de Acuario; en otra ocasión, es desde el signo de Aries desde donde difunde sus rayos. Mas el sol es uno solo, y una sola realidad. La gente de discernimiento es amante del sol, no se deja fascinar por los lugares donde surge y alborea. La gente perceptiva es indagadora de la verdad, no de los lugares donde aparece, no de los puntos de donde asoma. Por consiguiente, adora al Sol, con independencia del punto zodiacal en que aparezca, y busca la Realidad en

toda Alma Santificada que la manifieste. Tales personas siempre llegan a la verdad, sin por tanto quedar veladas del Sol del Mundo Divino. Así, el amante del Sol y el buscador de la luz, se volverá siempre hacia el sol, ya sea que brille en el signo de Aries o tienda su gracia desde el signo de Cáncer, o irradie desde Géminis. En cambio, los ignorantes y quienes carecen de instrucción, son amantes de los signos del Zodíaco, están enamorados y fascinados por los lugares de donde sale el sol, y no del sol mismo. Cuando el sol se hallaba en el signo de Cáncer, se volvían hacia él, aun cuando luego cambiara al signo de Libra. Puesto que amaban al signo, se volvían hacia él y a él se aferraban, quedando privados del influjo del sol simplemente porque había cambiado de lugar. Por ejemplo, cierta vez el Sol de la Realidad derramó sus rayos desde el signo de Abraham. Después alboreó desde el signo de Moisés, e iluminó el horizonte. Más tarde surgió con gran poder y refulgencia desde el signo de Cristo. Los buscadores de la Realidad la adoraban dondequiera la veían; pero los que se aferraron a Abraham quedaron privados de su influjo cuando brilló sobre el Sinaí e iluminó la realidad de Moisés. También quedaron excluidos quienes se adhirieron a Moisés cuando el Sol de la Realidad brilló en Cristo, y así sucesivamente.

Por ello, incumbe al hombre volverse buscador de la Realidad, y hallar esa realidad en cada una de las Almas Santificadas. Debe encontrarse fascinado, extasiado y atraído por la gracia divina. Debe ser como la mariposa, amante de la luz, no importa la lámpara en que brille, o como el ruisenior, amante de la rosa, no importa el jardín donde florezca.

Si el sol despuntara en el Oeste, continuaría siendo el sol. No se le debería negar el ser en razón de su orto, ni creer que el Oeste será siempre el lugar de su ocaso. De

igual modo, se han de buscar los favores celestiales, y anhelar la Aurora Divina. Cualquiera que sea el lugar donde aparezca uno ha de convertirse en su amante encantado. Reflexiona: si los judíos no hubieran insistido en dirigirse hacia el horizonte de Moisés, y si se hubieran fijado en el Sol de la Realidad, sin duda alguna habrían reconocido el sol en el lugar del amanecer de la Realidad de Cristo, con el más grande y divino esplendor. Pero, ¡ay, mil veces ay! ¡Aferrados a las textuales palabras de Moisés, se privaron de las mercedes divinas y de los esplendores señoriales!